

della, en una ermita, orden para lo que habeis de hacer. ¶ Esto contenía la carta: la cual vista por don Luis que lo que venia en ella era lo mas contrario de su esperanza y natural á su deseo, no podré significar las pasiones amorosas que sintió, leyéndola por momentos; ponía con atención los ojos en ella, volvíalos al criado, esperando que á voces le dijéramos toda la certinidad en su gusto por el bien prometido, que aun dudaba dello; y tan turbado como alegre, me decía: ¿qué vemos, don Rodrigo? ¿Estoy recordado? ¿Es por ventura sueño? ¿Somos vos y yo los que leímos esta carta? ¿Es por ventura esta letra de la condesa, y aquel su escudero? ¿Fáltame acaso el juicio, y como afligido enamorado, cercano á la desesperación, finjo imaginaciones para engañar á la fantasía? Con todas estas cosas y certificarse dellas, diciéndole yo no ser ilusiones, antes muy ciertas esperanzas de cobrar bienes perdidos, lo animé á que con toda diligencia se abreviase la partida, en cumplimiento de lo que se nos mandaba. Hizose luego; y cuando llegamos á la ermita, hallamos en ella una reverenda y honrada dueña, que, por saberse ya el día y hora que habíamos de llegar, nos esperaba, la cual nos dió un recado, diciéndonos que el conde su señor había salido fuera y vuéltose del camino por ciertas indisposiciones; mas que aguardásemos allí en cuanto fuese á palacio á decir á su señora la condesa su llegada. ¶

¶ Púese, y quedamos yo algo confuso y don Luis desahogado: yo por las dificultades que se pudieran ofrecer, y él de considerar su corta fortuna, que nunca dejaba de seguirle; así en el tiempo que se dilató la vuelta de la buena dueña, nos pasaron muchos cuentos, que no son para referir en este. Y á las once de la noche volvió á nosotros, diciendo que la siguiésemos. Ayudábanos la oscuridad, y metíonos con mucho secreto en un aposento de palacio, donde salió la condesa, y nos recibió con grandísimas muestras de alegría. Ya después de habernos dado los parabienes de las deseadas vistas, que todo fué breve, me dijo la condesa: «don Rodrigo, el tiempo que tenemos para poder gozar la ocasión que se ofrece, ya con vuestra discreción podéis juzgar cuánto sea corto. También sabeis la obligación de amistad que tenéis á don Luis, y cuando esta faltara, por mí que lo pido, debeis concederme un ruego. Sabed, que como el conde mi marido, por indisposición que tuvo, se volviere del camino y llegase cansado, se fué luego á echar á la cama, donde lo dejo dormido. Mas porque podría suceder, que despertando alargase alguna pierna ó brazo acia mi lugar y me hallase menos, de lo cual me resultaría notorio peligro y grandísimo escándalo en la casa, deseo que en tanto que aquí nos entretenemos hablando vuestro amigo don Luis y yo, que á lo mas largo podrá ser como un cuarto de hora, os acosteis en mi lugar, y esteis en él, para que con esto pueda estar aquí segura; y me constituyo por fiadora de vuestro peligro, que no tendreis alguno. Porque además de ser el conde viejo, nunca recuerda en toda la noche, hasta ya muy de día, sino es á gran maravilla, que suele dar un vuelco, y luego se duerme.» Sabe Dios, y considere vuestra señoría, cuánto me podría pesar que la condesa me pusiera en tan evidente peligro. Mas como los actos de cobardía son tan feos, pareciéndome que si lo rehusara no cumplía con mi honra ni obligaciones, tanto de amistad, como ruego de la condesa, dije que lo haría. Pedíles encarecidamente que no se detuviesen mucho, pues conocían el riesgo en que por sus gustos me ponía. Ellos me lo prometieron, y juraron que á lo mas largo no pasaría de media hora. Púsome la condesa un tocado suyo, y desnudo y descalzo me llevó á su retrete y metió en su cama. No había luz alguna, estaba todo á oscuras y en extraño silencio; estúveme así á un lado de la cama, lo mas apartado que pude, no un cuarto de hora ni media, sino mas de cinco, que ya era casi de día. ¶

¶ Considere cada uno y juzgue lo que pudiera sentir en lugar semejante y tanto tiempo. ¿Qué congojas por no

ser conocido! con cuánto temor de no ser sentido! Y era lo menos que sentía lo mas que me pudiera suceder, que era la muerte si recordara el conde. Porque como entré desnudo y sin armas, había de ser á brazos la pendencia, y cuando de los suyos escapara, no pudiera de los de sus criados, pues no sabía cómo ni por dónde había de huir. Y no fueron solas estas mis congojas, que adelante pasaron; porque don Luis y la condesa se reían y hablaban tan descompuestos y recio, que les oía desde la cama casi todo lo que decían, con que me aumentaban el temor, no despertasen al conde, y entre mí me deshacia, viendo que no les podía decir que hablasen quedo, ya que se tardaban. Reventaba con esto, y por no poderme apartar de allí un punto por esta negra honrilla. Después de todo esto, ya cuando vieron el día tan cerca, que casi era claro, se vinieron risueños y juntos acia la cama con una vela encendida, y llegándose adonde yo estaba, con mucha grita y trisca hacían grande ruido. Entonces vine á pensar si con el mucho contento se hubieran vuelto locos; ya me pesaba tanto de su desgracia, como de mi desventura, pues había de ser la infamia y castigo general en todos, y sin que alguno escapase dél, ellos por faltos y yo por sobrado. Vine de modo que dentro de un espacio muy breve tuve mil imaginaciones, y ninguna que me pudiera ser de provecho; y estando en ellas, en medio de mi mayor conflicto, se vinieron acercando á la cama, y tirando la condesa de la cortina, que ya podíamos claramente vernos, quedé sin algun sentido; tanto, que quisiera huir y no pude; mas muy presto volví en mí; porque yo que siempre creí tener á mi lado al conde, alzando la condesa la ropa de la cama, descubrió el desengaño, y conoció no ser él, sino una señora doncella, hermana de la condesa, hermosa como la misma Venus. De lo cual y de la burla que creí haberseme hecho quedé tan atajado y corrido que no supe hablar; ni otra cosa que hacer, mas de levantarme como estaba en camisa y salir á buscar mis vestidos, de que después me avergoncé mucho mas de lo que temí antes. Veo pues vuestra señoría el peligro á que me puse, y juzgue por él deberseme dar la sortija. Riéndose mucho desto el condestable, dijo, que don Luis no debía tener queja del amor, pues, aunque tarde y con trabajos, llegó á conseguir su deseo; y así no era merecedor del premio puesto, ni tampoco don Rodrigo, pues no había corrido algun peligro durmiendo con el conde, aunque había sido muy donosa la burla que le habían hecho. Por lo cual juzgaba no ser alguno dellos dueño del diamante, y sacándolo del dedo, lo entregó á don Rodrigo, para que lo enviase á la doncella con quien había dormido, pues ella sola padeció el peligro, y lo corriera su honra si fuera sentida. Con esto dió fin á su cuento, y todos muy contentos, quedaron determinando si la sentencia del condestable había sido discreta ó justa; loáronlo todos de cortésano, y con esto, haciéndoseles á cada uno la hora para sus negocios, poco á poco se deshizo la conversacion, y se despidieron por acudir á ellos. ¶

CAPITULO V.

No sabiendo una matrona romana cómo librarse, sin detrimento de su honra, de las persuasiones de Guzmán de Alfarache, que la solicitaba para el embajador, su señor, le hizo cierta burla, que fué principio de otra desgracia que después le sucedió.

¶ Los que del rayo escriben, dicen, y la experiencia nos enseña, ser su soberbia tanta, que siempre, menospreciando lo flaco, hace sus efectos en lo mas fuerte. Rompe los duros aceros de una espada, quedando entera la vaina; desgaja y despedaza una robusta encina, sin tocar á la débil caña; prostra la levantada torre y gallardos edificios, perdonando la pobre choza de mal compuesta rama. Si toca en un animal, si asalta un hombre, como si fuese barro, le deshace los huesos y deja el vestido sano; derrite la plata, el oro, los metales y moneda, salvando

la bolsa en que va metida; y siendo así, se quebranta su fuerza en llegando á la tierra: ella solo es quien le resiste. Por lo cual, en tiempos tempestivos, los que sus efectos temen, se acostumbran meter en las cuevas ó soterraños hondos, porque dentro dellos conocen estar seguros. El impetu de la juventud es tanto, que podemos verdaderamente compararlo con el rayo, pues nunca se anima contra cosas frágiles, mansas y domésticas, antes de ordinario aspira siempre y acomete á las mayores dificultades y sinrazones. No guarda ley, ni perdona vicio; es caballo que parte de carrera, sin temer el camino ni advertir en el paradero. Siempre sigue al furor, y como bestia mal domada, no se deja ensillar de razon, y alborótase sin ella, no sufriendo ni aun la muy lijera carga. De tal manera desbarra, que ni aun con su antojo propio se sosiega. Y siendo cual decimos esta furiosa fiera, solo con la humildad se corrige, y en ella se quebranta. Esta es la tierra, contra quien su fuerza no vale, su contra-herba y el fuerte donde se halla fiel reparo; de tal manera, que no hay esperar cosa buena en el mozo que humilde no fuere, por ser la juventud puerta y principio del pecado. Criéme consentido, no quise ser corregido; y como la prudencia es hija de la esperiencia que se adquiere por trascurso de tiempo, no fuera mucho si errara como mancebo, mas que habiéndome sucedido lo que ya de mí has oído en los amores de Malagon y Toledo, y debiendo temer como gato escaldado el agua fria, diese mas crédito á mujeres, y me quisiera dejar llevar de sus enredos. Que no conociese con tantas esperiencias y tales, que siempre nos tratan con cautela, ó nace de mucha simplicidad nuestra ó demasiada pasión del apetito; y aquesto es lo mas verdadero y cierto. Y á Dios pluguiera que aquí parara y en este puerto diera mi plus ultra, plantando las columnas de mi escarmiento, sin que (cómo verás adelante) no reincidiera mil veces en esta flaqueza; sin poderme preciar de que alguna hubiese salido con bien de la feria. Mas como el que ama siempre hace donacion á quien ama de su voluntad y sentidos, no es maravilla que como ajeno dellos haga locuras, multiplicando los disparates. ¶

El embajador mi señor amaba una señora principal, noble, llamada Fabia; era casada con un caballero romano, á la cual yo paseaba muy á menudo, y no con pequeña nota, pues ya por ello estaba indiciada sin razon; porque de su parte jamás hubo para ello algun consentimiento ni causa. Mas como todos y cada uno puede amar, protestar y darse de cabezadas contra la pared, sin que la parte contraria se lo impida, mi amo hacia lo que su pasión le dictaba, y ella lo que á su honra y de su marido convenia. Verdad es, que no estábamos tan ciegos, que dejásemos de ver por la tela de un cedazo, faltándonos de todo punto la luz: alguna llevábamos, aunque poca. El marido era viejo, mezquino y mal acondicionado: mirad qué tres enenigos contra una mujer moza, hermosa y bien traída. Con esto y con que una familiar criada suya (doncella que había sido) era prenda mia, creí que por sus medios y mis modos, con las ocasiones dichas pudiéramos facilmente ganar el juego. Mas ¿quién sino mi desdicha lo pudiera perder, llevando tales triunfos en la mano? Salióme todo al revés; no es todo fácil quanto lo parece, *virtudes vencen señales*, y nada es parte para que la honrada mujer deje de serlo. Cuando esta supo lo que con su criada me pasaba, procuró vengarse de ambos á su salvo y mucho daño de nuestro amor y de mi persona; en especial, porque como me viesse solicitar esta causa tanto, y su doncella, dama mia, por mis intereses y gusto ayudase con todo su cuidado en ella, haciendo á tiempos algunas remembranzas, no dejando pasar carta sin invite, y aun haciendo de falso muchos, con rodeos que nunca le faltaban; de tal manera, que como la honrada matrona se viesse acosada en casa y ladrada en la calle de los maldicientes, no hizo alharacas, melindres ni embelecacos de los que al-

gunas acostumbran para calificar su honestidad, y con aquel seguro gozar después de su libertad. Que la mujer honrada, con medios honrados trata de sus cosas, no dando campanadas para que todos las oigan y censuren, y que cada cual sienta dellas como quisiere; porque como son los buenos menos, los mas juzgan mal, por ser malos ellos, y aquella voz ahoga, como la cizaña el trigo.

Como esta señora era romana, hizo un hecho romano: conociendo su perdición, acudió al remedio con prudencia, fingiéndose algo apasionada, y aun casi rendida. Un día que la criada le metió cierta coleta en el negocio, se le mostró risueña, y con alegre rostro le dijo: «Nicoleta (que así se llamaba la moza), yo te prometo, que sin que hubieras gastado conmigo tantas invenciones ni palabras estudiadas, me hubieras ya rendido la voluntad, que tan saltada me tienes; porque yo se la tengo á Guzmán y á su buen término. Demás, que su amo merece que cualquiera mujer de mucha calidad y no tan ocasionada huelgue de su amistad y servicios. Mas como sabes y has visto, no sé cómo sea posible ser nuestro trato seguro de lenguas, pues aun faltando causa verdadera, y no habiéndose dado de mi parte algun consentimiento, á lo que por ventura deseo, ya se murmura por el barrio y en toda Roma, lo que aun en mi casa y contigo, que sola pudieras venir á ser el instrumento de nuestros gustos, no he comunicado. Y pues ya está en términos que la voz popular corre con tanta libertad, y yo no la tengo para resistirme mas del amor de aquese caballero, lo que te ruego es, que lo dispongas y trates con el secreto mayor que sea posible. Dile á Guzmán que acuda por acá estas noches, para que una dellas le des entrada y se vea conmigo, si se ofreciere oportunidad para tratar algo de lo que deseamos.» Nicoleta se arrojó por el suelo de rodillas, no sabiendo qué besar primero, si los piés ó las manos, y con la cara encendida en fuego de alegría no cesaba de rendirle gracias, calificando el caso, y afeando las faltas de su viejo dueño. Traíale á la memoria pasadas pesadumbres, mala condicion y sequedades que con ella usaba, para con ello mejor animarla en la resolucion que simplemente creyó haber tomado.

Con esto se vino á mí desalada, los brazos abiertos, y enlazándome fuertemente con ellos, me apretaba, pidiéndome las albricias, que después de ofrecidas, me refirió lo pasado. Yo con ella por la mano, como quien lleva despojos de alguna famosa victoria, nos entramos en el retrete de mi amo, donde con grande regocijo celebramos la buena nueva, dando trazas de la hora, cómo y por dónde había yo de poder entrar á hablar con Fabia. Y dando mi amo á Nicoleta un bolsillo que tenia en la faltriquera con unos escudos españoles, hacia como que no queria recibirlo; mas nunca cerró el puño ni encogió la mano, antes por la vergüenza la volvió atrás como el médico, y con una risita le daba gracias por ello; con esto se despidió dél y de mí. Quedóse mi amo dándome cuenta de sus amores, y yo á él parabienes dellos, con que pasamos aquella tarde toda. Ya después de anochecido, á las horas que tenia de orden, fui á mi puesto, hice la seña, mas ni aquella noche, ni en otras tres ó cuatro siguientes tuvo lugar el concierto. Llegóse un día que había muy bien llvido menudico y cernido, y á mis horas vine á correr la tierra con lodos, como dicen, hasta la cinta. Llegué algo remojado, anocheció muy oscuro, y así fué todo para mí. Mi suerte, que no debiera, llegó á tener efecto. Como para las cosas de interesse y gusto importe tanto despedir el miedo y acometer á las dificultades con osado ánimo, yo lo mostré aquella vez mas de lo que importaba; pues con agua del cielo y barro en el suelo, la noche tenebrosa, y dándome con la frente por las esquinas, vine al reclamo. Luego fui conocido, empero hicieron por un rato estar-me mojando; y tanto, que ya el agua que había entrádomelo por la cabeza me salía por los zapatos; mandaron es-

perase un poco. Y cuando ya no lo había en todos mis vestidos ni persona que no estuviese remojado mucho, sentí que muy pasico abrían la puerta, y á Nicoleta llamarme.

Parecióme aquel aliento que salió de su voz de tanto calor, que me dejó todo enjuto. Ya no sentía el trabajo pasado, con la regalada vista de la fregoncilla de mi alma, y esperanzas de gozar de la de Fabia. Poco habíamos hablado, porque solo me había dado el bien venido, cuando bajó la señora, y dijo á su criada: «oyes, Nicoleta, sube arriba y mira lo que tu señor hace, y si llamare avisarme dello, en tanto que aquí estoy con el señor Guzmán hablando.» A todo esto estábamos á oscuras, que ni los bultos nos víamos, ó con dificultad muy grande, cuando me comenzó á preguntar por mi salud, como si me la deseara ó le fuera de importancia ó gusto. Yo le repliqué con la misma pregunta; dile un largo recaudo de mi amo, en agradecimiento de aquella merced, y ofrecilo á su servicio con una elegante oración que tenía estudiada para el propio efeto. Mas antes de concluirlo, en la mayor fuerza della, ganada la benevolencia, no la pude hacer estar atenta ni volverla dócil, porque alborotada con un imprevisto, me dijo: «señor Guzmán, perdone por mi vida, que con el miedo que tengo, todos pienso que me acechan; entrese aquí dentro, y allí frontero hay un aposento, váyase á él, y aguarde tan en tanto que doy una vuelta por mi casa y aseguro mi gente; presto será de vuelta, no haga ruido.» Yo lo creí, entréme de hilo, y parecióme que atravesaba por algún patio, quedé metido en jaula, en un sucio corral, donde á dos ó tres pasos andados tropecé con la priesa en un montón de basura, y di con la cabeza en la pared frontera tal golpe, que me dejó sin sentido; empero con el salto que me quedaba, poco á poco anduve las paredes á la redonda, tentando con las manos, como los niños que juegan á la gallina ciega, en busca del aposento; mas no hallé otra puerta, que la por donde había entrado. Volví otra vez, parecióme que quizá con el recio golpe no la hallaba, y vine á dar en un callejoncillo angosto y muy pequeño, mal cubierto y no todo, donde solo cabía la boca de una media tinaja, lodoso y pegajoso el suelo, y no de muy buen olor, donde vi mis daños, y consideré mis desventuras. Quise volverme á salir, y hallé la puerta cerrada por defuera. El agua era mucha, fuéme forzoso recogerme debajo de aquel avariento techo y desacomodado suelo. Allí pasé lo que restó de la noche, harto peor para mí que la toledana, y no de menor peligro que la que tuve con el jinovés mi pariente.

No solo me adigía el agua que llovía, que aunque no venía cernida, caíame á canal, y cuando menos goteando. Mas consideraba que había de ser, que pues me habían armado aquella ratonera, sin duda por la mañana sería entregado al gato. Tras esto me venían luego á la imaginación otros discursos con que me consolaba, diciendo: libreme Dios de la tramontana desta noche, y déjeme amanecer con vida, que cuando el patron de la nave aquí me halle, todo será decirle que su criada me trujo, y que soy su marido; porque será menor daño casarme con ella, que verme desencasar los huesos á tormentos para que diga lo que buscaba, si acaso con eso se contentan, y no me dan de puñaladas y me sepultan en este mal cementerio, acabando de una vez conmigo. En esto iba y venía, hasta que ya después de las dos de la madrugada me pareció que ya abrían la puerta, con que todo lo pasado se me hizo flores, creyendo sería Fabia que volvía; mas cuando á la puerta llegué, y la hallé sin cerrojo ni persona viviente por todo aquello, volví á cobrar con mayor temor mis pasadas imaginaciones, creyendo que detrás de alguna pared ó puerta de la casa esperaban que saliese para con mayor seguro y facilidad quitarme la vida. Desenvainé la espada, y en otra mano la daga, fui poco á poco reconociendo, con la escasa luz de la madrugada, los pasos por donde me habían entrado, que

no eran muchos ni dificultosos; empero con mas miedo que vergüenza llegué á la puerta de la calle, que hallé también abierta.

Cuando puse los piés en el umbral, abrí los ojos, y vi que lo pasado había sido castigo de mis atrevimientos, y que aunque la burla fué pesada, pudiera serlo mas y peor. Consoléme y reconocíme, sentí mi culpa, y en este pensamiento llegué hasta mi casa, donde abriendo mi aposento, me desnudé, y metíme revuelto entre las frazadas, para cobrar algún calor del que con el agua y sustos había perdido. Desta manera pasé hasta casi las diez del día, sin poder tomar sueño de corrido, pensando y vacilando en lo que podría responder á mi amo; porque si decía la verdad, fuera con afrenta notable mía, y me habían de garrohear por momentos, dándose con aquella burla por las barbas, riéndose de mí los niños. Negárselo y entreternerlo, tampoco me convenia, pues ya Nicoleta le había cogido las albricias, y parecería invención para llevarle su dinero. Todas eran matas y por rozar; de una parte malo, y de la otra peor; si saltaba de la sartén, había de dar en las brasas. Y pensando en hallar un medio de buen encaje, veis aquí donde un criado tocó en mi aposento, que monsieur me llamaba.

«¡Oh desgraciado de mí (dije luego)! ¿Qué haré, que me cogen las manos en la masa y al pié de la obra, el hurto patente, y por prevenir el despiciente? Animo, ánimo (me respondí): ¿cuándo te suelen á ti arrinconar casos como este, Guzmán amigo? Aun el sol está en las bardas, el tiempo descubrirá veredas; quien te sacó anoche del corral, te sacará hoy del retrete. Tomé otro de mis vestidos, y tan galán, como que tal por mí no hubiera sucedido, subí adonde me llamaba el embajador mi señor. Pregunté cómo me había ido, y cómo no le había dado cuenta de lo pasado con Fabia. Respondíle que me tuviera en la calle hasta mas de media noche, aguardando la vez, y últimamente la tuve mala y nació hija, pues no fué posible hablarme ni darme puerta. También le dije que me quería volver á echar, porque no me sentía con salud por entonces. Dióme licencia, subíme á la cama, desnudéme, y comí en ella, y así me quedé hasta la tarde, trazando mil imaginaciones, alambicando el juicio, sin sacar cosa de jugo ni sustancia. Como con el enojo y pensamientos no tomaba reposo, ni de un lado tenía sosiego, ni del otro, de espaldas me cansaba, y sentado no podía estar, determiné levantarme. Ya tenía los vestidos en las manos y los piés fuera de la cama, cuando entró en mi aposento un mozo de caballos, y dijo: «señor Guzmán, abajo en el zaguan están unas hermosas que lo llaman. — ¡Oh! que les venga el cáncer, dije. Diles que se vayan al burdel, ó que no estoy en casa.» Parecióme que ya toda Roma sabía de mi desdicha, y que serían algunas maleantes que me venían á requerir con algún ladrillejo: receléme dellas, hice que las despidiesen, y así se fueron. Aquella noche me mandó mi amo continuar la estacion; respondíle hallarme mal dispuesto, por lo cual quiso que me retirase temprano, y avisase de lo que había menester, y si fuese necesario, llamar al médico. Beséle las manos por la merced muy á la regalón, y volvíme á mi aposento, donde me recogí solo, como aquel día lo había hecho.

Por la mañana del siguiente amaneció conmigo un papel de mi Nicoleta, quejándose de mí, porque habiéndome venido á visitar el día pasado, no le había querido hablar ni darle aviso de lo que la noche antes había tratado con su ama, y qué ocasion tuve, pues había pasado aquella noche sin dar vuelta por aquella calle; y que me había esperado hasta mas de las doce. Añadí á estas otras palabras que me dejaron tan sobresaltado como confuso; y para salir de dudas, le respondí por otro billete, que aquel día por la tarde la visitaría por la calleja detrás de la casa. Estaba la de Fabia entre dos calles, y á las espaldas de la puerta principal había un postigo, y encima dél un aposento con una ventanilla por donde eómo-

damente podía Nicoleta hablarme de día, por ser calleja de mal paso, angosta y llena de lodo; y entonces lo estaba tanto, que mal y con trabajo pude llegar al sitio.

Cuando en él estuve, me preguntó qué había sido de mí, qué grande ocasion pudo impedirme que la noche antes no la hubiera visitado, cuando no por ella, debiera hacerlo por su ama. Formaba de mí muchas quejas, culpando la inconstancia de los hombres, como no por amar, sino por vencer seguían á las mujeres, y en teniéndoles alguna prenda, las olvidaban y tenían en poco. Desto, y de lo que profesaba quererme, conocí su inocencia y malicia de Fabia, pues nos quería engañar á entrambos. Díjele: «Nicoleta mia, engañada estás en todo; sabe que tu señora nos ha burlado.» Referíle lo que me había sucedido, de que se santiguaba ella, no cesando de hacerse cruces, pareciéndole no ser posible. Yo estaba muy galán, perniabierto, estirado de cuello, y tratando de mis desgracias, muy descurado de las presentes que mi mala fortuna me tenía cereanas; porque aconteció, que como por aquel postigo se servían las caballerizas, y se hubiese por él entrado un gran cebón, hallólo el mozo de caballos hozando en el estiércol enjuto de las camas, y todo esparcido por el suelo; tomó bonico una estaca, y dióle con ella los palos que pudo alcanzar. El era grande y gordo, salió como un toro huyendo; y como estos animales tienen de costumbre ó por naturaleza caminar siempre por delante, y revolver pocas veces, embistió conmigo, cogióme de bola, quiso pasar por entre piernas, llevóme á horcajadillas; y sin poderme cobrar ni favorecer, cuando acordé á valerme, ya me tenía en medio de un lodazal; y tal, que por salvarlo para que me sacase dél, convino abrazarlo por la barriga con toda mi fuerza. Y como si jugáramos á quebranta barriles, ó apunta con cabeza, dándole aldadabas á la puerta falsa con hocicos y narices, me traspuso (sin poderlo escusar, temiendo no caer en el cieno) tres ó cuatro calles de allí, á todo correr y gruñir, llamando gente, hasta que conocí mi daño, me dejé caer sin reparar adónde. Y me hubiera sido menor mal en mi callejueta; porque supuesto que no fuera tanto, no fuera tan público, y tenía cerca el remedio. Levantéme muy bien puesto de lodo, silbado de la gente, afrentado de toda Roma, tan lleno de lama el rostro y vestidos de piés á cabeza, que parecía salir del vientre de la ballena. Dábanme tanta grita de puertas y ventanas, y los muchachos tanta priesa, que como sin juicio buscaba donde esconderme. Vi cerca una casa, donde creí hallar un poco de buen acogimiento, entréme dentro, cerré la puerta, hicíme fuerte contra todo el pueblo que deseaba verme; mas no me aconteció segun lo deseaba, que al malo no es justo sucederle cosa bien, pena es de su culpa, y así lo fué de la mia el mal recibimiento que allí me hicieron, como lo sabrás en el siguiente capítulo.

CAPITULO VI.

En la casa que se retiró Guzmán de Alfarache, se quiso limpiar. Cuenta lo que le pasó en ella, y después con el embajador su señor.

Ya era noche oscura y mas en mi corazón. En todas las casas había encendidas luces, empero mi alma triste siempre padeció tinieblas. No sentía ni consideraba ser tarde, ni que el señor de la posada, donde me había recogido huyendo de la turba, me quería ver fuera della, y rempujándome con palabras, no vía la hora que me fuese; porque tenía recelo, y sospechaba si aquello hubiera sido estratagemia mia, tomando aquel achaque para tener en su casa entrada, y á buen seguro hacer mi herida. El bueno del señor no andaba descaminado, porque la señora su dueña era en su casa el dueño, amiga de su gusto, cerrada de sienas y no muy firme de los talones. No era maravilla ver su marido visiones, antojándosele con cualquiera sombra el malo. Por lo cual, cuando dentro en su casa me vió, recogió su gente, y dejándome solo en el portal de afue-

ra, no había consentido que aun solo á darme un caldero con agua saliesen fuera, ni tuve con que lavarme. Así, yo pobre, llené el vestido de cieno, las manos asquerosas, el rostro sucio, y todo tal cual podreis imaginar, iba entreteniendo la salida, con temor y no poco, si aun todavía hubiese á la puerta gente aguardando para ver mi nueva librea, que mejor se dijera lebrada. Como los que vieron mi desgracia no fueron pocos, y esos estuvieron detenidos, refiriéndola en corrillos á los que venían de nuevo, y yo que generalmente no estaba bien recibido, deteníame todos á oírlo, dando unos y otros gritos de risa significando grande alegría. Y quizá los mas dellos tenían razon, y en aquello vengaban las buenas obras de mí recibidas. Allí se pudo decir por mí lo del romance:

Mas enemigos que amigos
Tienen su cuerpo cercado,
Dicen unos que lo entierran,
Y otros que no sea enterrado.

Estaba llena la calle de gente y muchachos que me perseguían con grita, diciendo á voces: échalo fuera, échalo fuera, salga ese sucio en adobo. Hacíame perder la paciencia y el juicio. Había entre la gente honrada otros de mi banda, y todos tales como yo, apasionados mios; aquestos me defendían, procurando sosegar la canalla con amenazas, porque ya se desvergonzaban á tirar pedradas á la puerta, deseando que saliera. Y no culpo á ninguno, ni me disculpo á mí, que yo hiciera en tal caso lo mismo contra mi padre; que las cosas de curiosidad que no caen (como las carnestolendas) cada un año, no tengo por escoso procurarlas ver. No es encarecimiento, y doy mi palabra, que si por dineros dejara que me vieran, pudiera en aquella ocasion quedar muy bien parado, porque todo yo era un bulto de lodo, sin descubrirseme mas de los ojos y dientes como á los negros; porque me sucedió el caso en lo muy líquido de una embalsada que se hacía en medio de la calle. Verdad sea, que con el cuchillo de la espada raí lo que pude, mas no pude tanto que fuese de alguna consideracion; porque así como así se quedó el vestido mojado y entrapado en cieno; mas aprovechéme de que no fuera por las calles goteando, como carga de paños cuando la traen del lavadero. Desta manera, ya tarde, habiéndose ido toda la gente, sali cual dicen dueñas, y en tal se vea quien mas dello se huelga. Si en desdichas hay dichas por el consuelo que se suele ofrecer en ellas, este día parece que la fortuna retozaba conmigo, y andaba de juego de cañas; porque ya que me desfavoreció con semejante trabajo, ayudóme con la noche, y noche oscura, que se retiró la gente, dando lugar á que saliese sano, salvo y sin peligro del muchachismo que me aguardaba.

Sali encubierto, sin ser de nadie conocido, y á paso largo huyendo de mí mismo, por la mucha suciedad y mal olor que llevaba; mas este no pudo disimularse, porque por donde pasaba, iba dando señal, siendo sentido de muy lejos, y ninguno volvió á mirarme que no sospechase cosa mala. Unos decían, «dejaldo, pase, que desgracia de tripas ha sido.» Decíanme otros, «acábase ya de requerir y no corra tanto; pues no puede ser el cuervo mas negro que las alas.» Tapándose otros las narices, decían: «po, aguas mayores han sido, gran llaga lleva este disciplinante; aguñe presto, hermano, y lávese antes que se desmaye.» Para todos llevaba, y á ninguno faltaba que decirme, hasta preguntarme algunos: «amigo, ¿á cómo vale la cera?» Yo callando respondía, que no siempre me dejaban ir enhorabuena, y á los que me la pegaban mala, entre mí se la volvía como buen monacillo, y con esto bajando la cabeza pasaba de largo. Lo que me atribuía mucho era verme ir todo el camino ladrado de perros; porque como aguijaba tanto, me perseguían cruelmente, y en especial gozquejos, hasta llegar á morder en las pantorrillas. Queríalos asombrar, y no me atrevía; porque con

la defensa no se juntasen mas y mayores, y me dejasen (cual á otro Anteon) hecho pedazos con sus dientes. Ultimamente, con todas estas desdichas, á Sevilla hube llegado.

Llegué á mi posada, y sin que alguno me sintiese, subí hasta mi aposento, que no fuera pequeña dicha si la tuviera de poder entrar luego dentro. Metí la mano en una faltriquera para sacar la llave, y no la hallé. Busquéla en la otra, y tampoco. Daba saltos en el aire, si se me hubiese metido por los follados de las calzas, y no la descubrí, porque sin duda se me cayó en la casa que me recogí, queriendo sacar un lienzo para limpiarme las manos y el rostro. Esta fué para mí una muy grande pesadumbre; levantando los ojos, casi con desesperacion dije: «pobre miserable de mí, ¿qué haré, dónde iré, qué será de mí, qué consejo tomaré para que los criados de mi amo y compañeros míos no sientan mis desgracias? ¿Cómo disimularé para que no me martiricen? A todo el mundo podré decir que mienten, mas no á los de casa, si así me vieran. A todos podré confesar ó negar parte ó todo, segun me pareciere; pero aquí ya me cogen con el hurto en público, abierta la causa y cerrada la boca, sin razon que darles, ni mentira que ofrecerles en mi defensa. Los individuos de mi privanza se bañarán en agua rosada, y convocarán á sus amigos, para que, como enjambre tras la maestra, todos corran á verme y correrme. Perdido soy, deste bordo se anega mi barquilla, que no hay piloto que la salve, ni maestre que la gobierne.» Con estas exclamaciones pasaba perdido, y con mi poca prudencia no me acordaba del mal nombre que tenia en toda Roma, y lamentaba con alharacas de un caso de fortuna. ¡Oh, si á Dios pluguiese, que al respeto que sentimos las adversidades corporales, hiciésemos el sentimiento en las del alma! Empero acontecen como á los que hacen barrer la delantera de su puerta de calle, y meten la basura en casa.

¶ Diciendo estaba endechas á mis desdichas, cuando me vino á la memoria un caso que pocos dias antes habia sucedido, que me fué grandísimo consuelo, dándome ánimo y nuevo esfuerzo para lo que adelante pudiera suceder, y fué: «A una dama cortesana en Roma, por ser descompuesta de lengua, le hizo dar otra una gran cuchillada por la cara, que atravesándole las narices, le ciñó igualmente los lados. Y estándola curando, después de haberle dado diez y seis ó diez y siete puntos, decía llorando: ¡ay desdichada de mí! señores míos, por un solo Dios, que no lo sepa mi marido! Respondióle un maleante que allí se habia hallado: si como á vuestra merced le atraviesa por toda la cara, le atravesara las nalgas, aun pudiera encubrirlo; pero si no hay toca con que se cubra, ¿qué secreto nos encarga?» Parecióme dislate y bobería hacer aquellos melindres; y pues el daño era público, y de alguna manera no podía estar callado, que sería mucho mejor hacer el juego maña, ganar por la mano, salirles á todos al camino echándolo en donaire; y contándolo yo mismo antes que me tomasen prenda, entendiendo de mí que me corría, que por el mismo caso fuera necesario no parar en el mundo. Haga nombre del mal nombre quien desea que se le caiga presto; porque con cuanta mayor violencia lo pretendiere desechar, tanto mas arraiga y se fortalece, de tal manera que se queda hasta la quinta generacion; y entonces los que suceden, hacen blason de aquello mismo que sus pasados tuvieron por afrenta. Esto mismo le sucedió á este mi pobre libro, que habiéndolo intitulado *Atalaya de la vida humana*, dieron en llamarle *Picaro*, y no se conoce ya por otro nombre. ¶

Quedé perplejo, sin determinar lo que habia de hacer. Y pareciéndome, que pues en los infortunios no hay otro sagrado en la tierra donde acudir sino á los amigos, aunque yo tenia pocos y ninguno verdadero, que sería bien valerme de un compañero mio, que se me vendia por tal

y mas mostraba serlo. Fulme á su aposento, llamé á la puerta y abríome. Allí estuve aguardando hasta que al mio le quitaron la cerradura. Ved cuál estaba yo, pues aun para sentarme sobre un arca, no tuve ánimo por no dar al compañero pesadumbre, dejándosela estampada de mi yerro. No pudo ser este caso tan secreto, que se dejase de saber luego. Gran lástima es de una casa que no hay criado en ella que no procure como lisonjear al señor, aunque sea con chismes, cuando él es tal, que juegan con él como tres contra el mohino; y en esto se conocerá cada señor, en lo que los criados lo aman y en la gracia con que le sirven. Y desdichado dél, si piensa llevarlos con rigor y granjear por temor el amor, que pocos ó ninguno saldrá con ello. Son los corazones nobles, y quieren moverse con halagos. Apenas habia mudado de vestido y lavádomme, que ya mi amo sabia de mi lodo; habíame dicho el qué, pero no el cómo. Con esto me dejaron, y tuve harto blanco donde poder henchir lo que quisiese. Preguntóles cómo me habia sucedido; ninguno supo satisfacerle, con mas de lo que habia visto.

Después me dijo y supe de su boca que le pasó por la imaginacion, si me habian cogido dentro de la casa de Fabia, y que conociendo mis mañas me habrian querido dar carena; de donde habia resultado escaparme huyendo y caido en algun lodazal, ó que luchando á brazos con los criados, que saldrían en mi seguimiento, me habrian derribado por el suelo, poniéndome de aquella manera por afrontar sin matarme. Y en el mismo tiempo estaba yo haciendo la cuña del mismo palo, con el mismo pensamiento para sacar dél allí la satisfaccion; y aunque no era lo propio, á lo menos era de aquel triunfo, y por caminos diferentes ibamos ambos á un parador. Solo nos diferenciábamos en que con su prudencia sospechaba lo mas contingente, y yo con mi vanidad lo menos dañoso á mi reputacion. Habia estado aquella noche ocupado con papeles; mas dejándolos por un rato, me mandó llamar, y teniéndome presente no me habló palabra, hasta que retirándose á su retrete, se fueron los mas criados y quedé con él á solas. Preguntóme cómo habia caido y dónde; yo le dije, que como estuviese con cuidado á la puerta frontera de un vecino de Fabia, si acaso hubiera lugar para poder hablarla, y como saliese Nicoleta, su criada, haciéndome señas que llegase presto, con el alboroto del no pensado regocijo, quise atravesar la calle por un mal paso (por no tardarme rodeando por el bueno), queriendo dar un salto en una piedra mal asentada, torcióse y torcíme, quiseme cobrar y no pude sin caer en el suelo y enlodarme. Por lo cual Nicoleta, con el alboroto de la gente se retiró adentro, y á mí me fué forzoso volverme á casa.

El me dijo entonces: «del daño el menos; desgraciadamente andas en esto, Guzmanillo. Tarde, con mal, y en martes lo comenzaste. Solo en mi suerte y servicio te pudiera suceder esa desgracia. — No la tenga por tal vuestra señoría, le dije, ni la ponga en ese número, que antes creo lo fuera muy mayor si no me aconteciera esta. Porque dicen allá en Castilla: *quebréme un pié quizás por mejor*. Su marido estaba en casa, y supuesto que yo no sé para qué me llamaban, si era trampa; qué sé yo (cuando todo me corriera viento en popa) si me sintieran dentro hablando con la señora, me zamarrearan de manera que, á buen librar, no me dejaran hueso en su lugar ni narices en la cara. Porque, de mi continuacion en rondar aquella casa, se ha causado alguna nota, y aunque algunos entienden que lo hago por Nicoleta, la criada, muchos que lo ignoran lo atribuyen á lo peor; y he visto que de pocos dias á esta parte anda el buen viejo don Beltrán conmigo torcido como alcozuz. Habíabame otras veces, preguntando por damas desta corte, si habia buena ropa castellana, y agora se pasa de largo aun sin hablarme; y si descubro la cabeza y quito el sombrero, hace que no me mira y se pasa entero, como hecho de una tabla.»

Esto le decia, y estaba mi amo muy atento, de cuando en cuando arqueando las cejas, de donde colegí que se ciscaba. Vile todas las cartas, conocile todo el juego, y que lo hacia con temor de su reputacion ó de su persona, que no le sería bien contado, si le sucediera desgracia en aquella casa, por ser de lo mas y mejor emparentado de la ciudad; acudile, apretando mas la llave, prosiguiendo: «ninguna cosa hoy hay en el mundo, que me ponga espanto ni desquilate un pelo de mi ánimo, que ya tengo conocido hasta dónde puede la desgracia tirar conmigo la barra; que quien anda en mis pasos y mi trato trae, trae jugada la vida y perdida la honra. Prevenido estoy de paciencia y sufrimiento para cualquier grave daño que me venga; enseñado estoy á sufrir con esfuerzo, y esperar las mudanzas de fortuna; porque siempre dellas sospeché lo peor y previne lo mejor, esperando lo que viniere; nunca son sus efectos tan grandes como las amenazas; y si me acobardase á ellas, me irian siguiendo hasta la mata sin dejarme. No importa lo sucedido ni que haya sido el principio en martes, que ni guardo abusiones, ni vuestra señoría es mendocino, para ir con los vanos abusos de los españoles, como si los mas dias tuviesen algun privilegio, y el martes alguna maldicion del cielo; y cuando sobre mí se caiga, en todo rigor y á todo mal sucede, no por cosa hoy del mundo me sacaran palabra por la boca, con que á ninguno pare perjuicio; vuestra señoría siempre se haga desentido en todo, y no se le dé un cuatrin por nada. Servirle tengo hasta la muerte, sea como fuere, y tope donde topare. Verdad es, que si el caso fuere propio mio, no solo me desistiera dél por lo mal que se va entablado, pues en mil dias no dan uno de audiencia, y á este paso es negocio inmortal (salvo si no ha de ser como los mayorazgos, que los fundan los padres para que lo gocen los hijos, y aqueste requiebro ha de quedar para los herederos); mas en todo aquel barrio no pusiera pié por lo que ya en él se nota. No falta en Roma bueno y mas bueno, á menos peligro y costa, con mas gustos y menos embarazos. No sé si se lo hace, que nunca yo quiero por querer, sino por salpicar, como los de mi tierra; soy cuchillo de melonero, ando picando cantillos, mudando hitos, hoy aquí, mañana en Francia; de cosa no me congojo, ni en alguna permanezco; á mis horas como y duermo, no suspiro en ausencia, en presencia bostezo y con esto las muelo. Vuestra señoría es muy diferente, va todo á lo grave y con señoría, sigue como poderoso lo mas dificultoso, y como sacre sube tras de la garza hasta perderse de vista, cueste lo que costare, y venga lo que viniere; que como hay fuerzas para resistir, todo asienta de cuadrado, y le hace buena pantorrilla.»

«Mal entiendes lo que dices, Guzmanillo, me respondió mi amo, que antes corre al revés de lo que has dicho; porque ninguna cosa hoy hay en el mundo mas perjudicial ni mas notada, que cualquier pequeña flaqueza en una persona pública. Porque como tengamos obligacion los de mi calidad á vestirnos como queremos parecer, á pena de parecer como nos quisiéremos vestir, hace muy grande mancha cualquiera muy pequeña salpicadura; muy poquito aire hace sonar mucho los órganos; y te doy palabra, que si empeñada no la tuviera en algunas cosas, en especial que la dí á Nicoleta de que visitarías de mi parte á Fabia, y me pesaría que me tuviese por fácil ó pusilánime, culpándome de inconstante, que habia sido mi amor como de niño, agua en cesto, no mas de para tentar los aceros y burlarla; pues habiéndome dado buenas esperanzas, las estimo en poco, no siguiendo el alcance, que no se me diera un clavo por dejarla. Pues demás que, como dices, habemos comenzado tan perezosamente, no me siento tan perdido ni apasionado, que deje de conocer que tiene marido de lo mejor de Roma, principal, rico y noble, á cuyo respeto debemos los que profesamos tener algun honrado principio, guardar todo buen decoro sin

hacerle injuria; que no por ser ella moza (y como tal, obligada con ocasiones á gozar de otras que se le ofrecen) tengo yo de seguir el arreo, y sustentárselas tan á costa de lo que debo á mi nobleza y á honor de su casa y deudos. Muchas veces los hombres al descuido miramos, y con pequeña causa nos empeñamos mucho, donde sin reparo nos es necesario tener el envite, á pena de necios, cobardes ó impotentes. Mas pues de nuestra parte se han hecho diligencias, y tan poco valen, y tanto cuestan, como es la honra de aquesa señora, si mi apetito fué pólvora que súbito abrasó la razon con el incendio, ya se pasó aquel furor, ya reconozco lo mal que hago, y me allano postrado por tierra. No quiero mas ir (como dices) en alcance de lo que mas me huye, antes con esa señora que me vino á la mano quiero hacer como generoso gavián, soltar el pájaro de manera que de todo punto quede sepultada la mala voz que por mi respeto se ha levantado, tomando para ello la traza que mejor esté á su reputacion y á la mia.»

Esto dijo, y parecióme su resolucion mi salvacion; en ella hallé abierto el paraíso de mis deseos; y loando su buen propósito, le facilité la salida, no tanto por su intencion, cuanto por mi reputacion; y así le dije: «vuestra señoría corresponde á quien es en lo que dice y hace; porque aunque sea suma felicidad alcanzarse lo que se desea, la tengo por muy mayor no desear lo que incita la sensualidad, y menos en daño ajeno y de tal calidad. Esa es consideracion cristiana, hija del valeroso entendimiento de vuestra señoría; no es justo desampararla, y quede á mi cargo el modo; pues el fiel criado, aunque por intereser la privanza, le acontezca dar calor al apetito de su amo, no está fuera de obligacion de volver la rienda cuando lo viere corregido, animando su buen propósito.» Con esto me despidió, diciendo: «vete con Dios á dormir en mi negocio, pues en tus manos anda mi honra.»

CAPITULO VII.

Siendo público en Roma la burla que se hizo á Guzmán de Alfarache, y el suceso del puerco, de corrido se quiere ir á Florencia, hácesele amigo un ladrón para robarlo.

¶ Póngome muchas veces á considerar cuánto ciega la pasión á un enamorado. Considero á mi amo que me deja su honra encomendada, como si yo supiera tratarla sin sobajarla. Viéname también al pensamiento, y no me deja mucho holgar, cuando discurro, ¿cómo habiendo sido tan lisiado en mentir, pude subir á tanta privanza; cómo conmigo se trataban casos de importancia; cómo me fiaban secretos y hacienda; cómo se admitian mis pareceres; cómo se daba crédito á mi trato, y cómo siendo esto así, que jamás oyeron de mi boca verdad que no saliese adulterada, me daba tanto enfado que me la dijese otros? Y por el mismo caso aborrecia para siempre á quien una sola vez me la trataba. Y no era maravilla en mí, si es natural á todos los que algo negocian, pesarles que no sean con ellos en todo puntuales, y nunca lo saben ser ellos, ni se cansan de mentir. Comiencen de lo mas alto, y decíandán á lo mas bajo; si algo dellos habeis de recibir, si algun favor os han de dar, que nada les cuesta, cuántas trampas, cuántas dilaciones, cuánto diferirlo de hoy á mañana, sin que mañana llegue, por ser la del cuervo, que siempre la promete y nunca viene! Y si lo habeis de dar, y con ellos no andais tan relojeros, que un solo momento faltáis á lo puesto; si no les pagais al justo lo prometido; si se lo dilatais un hora, ni sois hombre de palabra ni de buen trato. Yo en el mio hacia lo mismo; consideraba entre mí diciendo: ¿á mí qué se me da de no decir verdad? ¿Qué me importa que sea vicio de viles y pasto de bestias? ¿Qué daño me vendrá cuando no me den crédito, si lo tengo ya ganado, aunque á los ojos vea que miento; y es tanta su pasión, que no se quieren desengañar de mi engaño? ¿Qué honra tengo que perder? ¿De cuál